

suave y rico tesoro
de esencias orientales,
y en larga vena lastimero llanto;
los secas con el largo velo de oro
de tus blondos cabellos;
A las ánsias mortales
de tu rudo quebranto
dando tregua un momento,
al Hombre-Dios adoras
en estático y mudo arrobamiento,
y con callada voz perdón imploras.
Alza la frente mústia,
y contempla del sol la luz serena:
tras largas horas de ignorada angustia,
tu bienandanza labras;
tiembla de gozo santo, Magdalena,
y oye de Jesu-Cristo las palabras:
—Mujer, há tiempo que tu mente sigo;
mujer, há tiempo que tu voz escucho,
cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
yo te perdono, porque amaste mucho.
Del mal rompiste con vigor los lazos;
levántate del suelo,
que Dios te acoge en sus paternos brazos.
Quien llora sus pecados, gana el cielo.

LA SAMARITANA

LA SAMARITANA

Entrada de *Sichar* [ciudad de Samaria]; en el fondo la *f fuente de Jacob* circundada de olivos y palmeras: á lo lejos extendido desierto. El sol marcha á su ocaso: celajes de oro y grana tachonan el horizonte.

ESCENA UNICA.

La Samaritana y Coro de mujeres.

La Samaritana.

Doncellas de Samária,
Tiernísimas esposas,
Y las que el triste velo
Ceñís de la viudez,
Guirnaldas aromadas
De nardos y de rosas,
De flor de terebinto
Y de jazmín tejed.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

Rodaron sobre el mundo
Embravecidos ríos,
Del cielo los torrentes,
El desbordado mar;
Y sus hinchadas olas,
Sus indomables bríos,
Del hombre no pudieron
Los crímenes lavar.

Tras el voraz diluvio,
No secas las llanuras,
La temeraria frente
Volvió la culpa á erguir;
Mas ya caudillo santo
Bajó de las alturas,
Los bienhadados dones
Del cielo á repartir.

Coro de mujeres.

Con fuerza irresistible
La voz de tu alborozo,
Cual sacudidas ramas
Nos hace estremecer.

¿Has visto, por ventura,
Con inefable gozo
Al jefe prometido
Del pueblo de Israel?

¿O vistes al terrible,
Al serafín alado,
Que de Isaías trémulo
Los labios abrasó,
Para que así extinguida
La huella del pecado,
Pudiera de su boca
Salir la voz de Dios?

¿Encierran tus palabras
Encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
Del vencedor Miguel?—
Que es grato lo que dices,
Cual sombra en el verano,
Cual agua en el desierto,
Cual aura del Edén.

La Samaritana.

En la mitad del día
Lanzaba el sol ardiente
Abrasadores rayos
De vívido rubí;
Para llenar mi cántara
De la vecina fuente
En el cristal sereno,
De la ciudad salí.

Bajo el frondoso toldo,
Que el manantial sombrea,
Por el calor rendido
Un hombre contemplé;
Semblante como el suyo
Jamás se vió en Judea;
Miréle sorprendida,
Y á mi pesar temblé.

Creyeron ver mis ojos,
Mirando su belleza,
De la celeste cumbre
Purísimo querub;
Y que encendiendo el aire,
Ornaba su cabeza
Esplendoroso disco
De diamantina luz.

Cual derretido plomo
Pesaba el tardo viento,
Y el cántaro del agua
El hombre me pidió.
—“¿Depone así un judío
(Le pregunté al momento)
“Los implacables odios
“Y el heredado horror?

“Bien sabes que el judío
“Que pisa nuestra tierra,
“Ni asilo nos demanda
“Ni calma aquí la sed;
“Nos guarda rencoroso
“El odio de la guerra;
“¿Y ruegas de Samaría
“A mísera mujer?



Jesús y la Samaritana.

(Con ironía.)

"De vuestro templo fuera
"Orar á Dios no es dado;
"Jerusalén es sólo
"La fuente de salud.
"Para vosotros somos
"La noche y el pecado;
"¿Qué buscan en Samaría
"La aurora y la virtud?"

Rizó sus castos labios
Sonrisa bondadosa,
Vibró de su palabra
El eco celestial.
Su voz era tan dulce
Como la miel sabrosa
(ue labran las abejas
Orillas del Jordán.

Me dijo que en Judea,
Lo mismo que en Samaría,
En el desnudo yermo
Y en el feraz verjel,
En populosa villa
Y en choza solitaria,
Escuchá nuestras preces
El Infinito SER.

Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;

Al Padre, santo espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazón altar. (7)

Incrédula le oía,
Pero de asombro muda;
Y mi azarosa historia
Entonces me contó:
Con mágica palabra,
Sin vacilante duda,
De los secretos míos
El velo desgarró.

Para él nada hay oculto:
Pasados devaneos,
Pasiones sofocadas,
Recóndito dolor;
Las sombras vagarosas
De efímeros deseos;
El llanto no vertido
De despechado amor;

El oro que soterra
Su avaricioso dueño
Y con inquietos ojos
Vigila sin cesar;
De enamorada virgen
El deleitoso sueño,
Que pudorosa quiere
Del alma desterrar;

El simulado afecto
Tranquilo y apacible
Con que venganza aleve
Se oculta para herir;
Las misteriosas cifras,
La página ilegible
Del tenebroso libro
Que encierra el porvenir....

Todo lo ve y lo sabe:
Penetra en el abismo,
Traspasa la muralla,
Sondea el corazón.
¡Quizá desde su trono
Bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
Que tuvo compasión!

Sabed que Cristo dice
Que hay fuente cristalina
Que de los cielos baja
Y apaga nuestra sed;
Hay rayo que la mente
Benéfico ilumina:
El agua del bautismo,
El rayo de la fe.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

Coro de mujeres.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sión!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomón.

LA MUJER ADÚLTERA